

Debajo del gran techo ya hay brazos liberados  
recogiendo cenizas para abonar los campos  
después del holocausto.

20 de abril de 2004

## Nunca existió la nada

Nunca existió la nada.  
Había la intención  
del beso en todas partes.  
Los brazos de la niebla  
descargaron su amor  
en vibraciones cálidas.  
La puntilla de luz que se coló  
en la nube del ojo enternecido,  
reveló el asombro de ser en cada ángulo  
en cada esquina del querer ser alto.  
Después, vino la fiera  
ganando a centelladas  
el asiento primero, en la primera fila,  
desgarrando la piel sutil de la inocencia  
y se inundó la tierra de mares sin represas  
y de golpes de agua en ríos de violencia.  
El verbo transparente que inventó  
la escalera de sueños compartidos  
con palomas portando la espiga del olivo,  
descolgó su amargura  
por la comisura dura del barrio prometido.  
Entonces la palabra, la que parió la vida,  
en la cuenca del viento,  
se intoxicó de llanto  
inflamando la espera  
distante del consuelo.

Y el hombre reflexivo pensó  
que esto no era bueno.

## Duelo

Hoy la lluvia, como ayer,  
escurre su triste lloro  
en mis hombros, en mi espalda,  
en mi agenda sin cumplir  
y en mi flauta de silencios encorvados.  
Que el martes murió mi madre  
y hoy cubre su cuerpo duro  
un fuerte lloro de agua.  
Que la lluvia como el tiempo  
se repite sin cansancio.  
Hoy la lluvia se lesiona  
desgarrando en mi ventana  
una raíz enterrada.  
Que el martes murió mi madre  
gota a gota en un ronquido  
que amortiguaba la vida  
en una boca sin aire.  
Hoy la lluvia, como ayer,  
escurre su triste lloro  
sobre un vacío previsto  
por las cuencas de mis ojos.